

# “¡Vengan y vean!”

*Don Luigi Giussani, El desafío de la fe cristiana, Capítulo IV, El punto de partida*

*Famosa página de Gius, comentario del primer encuentro de Juan y Andrés con Cristo. Él explica perfectamente la respuesta a la espera, descrita en el texto anterior, y la novedad de este acontecimiento: un encuentro que responde a aquella espera cuyo contenido y dinámica son definidas por el sentido religioso.*

## **El punto de partida**

El misterio eligió entrar en la historia del hombre con una historia idéntica a la de cualquier hombre; entró, por consiguiente, de forma imperceptible, sin que nadie lo pudiese observar y registrar. En un determinado momento se descubrió, y para quien lo encontró fue el instante más grande de su vida y de toda la historia.

Partiremos pues de ese momento, no sin recordar antes, dado que haremos uso de una página del evangelio de Juan, cómo precisamente sobre dicho evangelio se han debatido muchas cuestiones de análisis científico del texto, que no han podido, sin embargo, mellar la evidencia de la memoria y del anuncio originales que han llegado hasta nosotros. «...De entonces acá han sido revisados por la ciencia misma los juicios más radicales (por ejemplo, las dataciones tardías en época muy avanzada del siglo II, que ahora vienen retrotraídas por los papiros más antiguos, concretamente por P52 fechado hacia los años 130), y se tiene también en mayor estima el valor histórico de ciertas informaciones del evangelio de Juan»<sup>1</sup>

Sin duda alguna «el evangelio de Juan se basa en la autoridad de un discípulo del Señor,... exponente de la tradición y “testigo” »<sup>2</sup>.

Tal testigo excepcional ha querido que se recordara el momento en que por primera vez la presencia de Jesús se impuso como interrogante supremo. Hay una página del evangelio de Juan en la que, como algo extremadamente importante -señala el mismo bloque de apuntes-, se transcribe lo que podríamos llamar el primer instante, la primera sacudida del problema de Cristo tal como se ha planteado en la historia.

Hasta la edad en que comenzó a hablar en público, Jesús había vivido como cualquier otro muchacho y también observaba rigurosamente los ritos religiosos de su pueblo. En aquel momento era muy conocido el nombre de Juan Bautista; se hablaba de él como del profeta que desde hacía 150 años le faltaba al pueblo judío, que, contrariamente, siempre había vivido acompañado del fenómeno profético. Juan Bautista, es decir, el Bautizador, había interrumpido finalmente lo que el pueblo había vivido como una desconcertante sequía. De toda Judea y Galilea iban a oírle hablar; hoy diríamos que era objeto de algo parecido a una peregrinación. También Jesús fue a oírle.

He dicho antes que la página en que se refiere este hecho se parece mucho a una página de libreta de apuntes. Uno guarda en ella una frase, tal vez incluso incompleta, y prescinde de infinidad de cosas que se dan como supuestas. El apunte pretende ser una señal para una memoria en actividad, para registrar una influencia ya vivida; y no, como en una novela, el detallado acompañar al lector mediante una descripción que tiene como ideal recrear continuidad hasta en los detalles particulares para que no haya huecos. La novela tiene un público, el apunte alguien que lo utiliza. El apunte es conciso y, al leerlo, quien lo utiliza imagina lo que no está dicho entre una frase y otra, lo que un punto ortográfico deja para el recuerdo. Es el fenómeno, como dijimos citando a Eliade, de la memoria. La memoria no retiene el pasado según la sucesión ininterrumpida de los hechos; se le queda impreso a trechos. Ninguno de nosotros recuerda de su infancia un tejido ininterrumpido de hechos, claros en su irse sucediendo, sino algunos hechos sobresalientes, algunos puntos relevantes de los que, sin embargo, es bastante fácil deducir la historia personal de cada uno, con su carácter. Y, si reflexionamos, ni siquiera ayer, ese ayer

<sup>1</sup> R. Schnackenburg, *El evangelio...*, cit., Primera parte, pp. 105 s.

<sup>2</sup> R. Schnackenburg, *El evangelio...*, cit., Tercera parte, p. 544

aparentemente tan al alcance de la mano, nos queda impreso en la memoria según el flujo del fenómeno ininterrumpido de nuestra expresividad.

Pues bien, esta página que estamos a punto de abordar refleja la memoria de un hombre que ha retenido durante toda su vida en los ojos y en el corazón el instante en que cierta presencia arrolló y cambió radicalmente su existencia. Retuvo ese instante lúcidamente, en adelante, hasta su vejez; pero, ciertamente, en ese preciso momento no se dio cuenta de la plenitud y la totalidad con la que chocaba. Es como dos que se conociesen normalmente y después, sin haberlo enseguida previsto, se casaran; de viejos se dirían: «¿Te acuerdas de cuando nos vimos por primer vez, en la montaña?»

«¿Quién habría imaginado lo que iba a suceder?». Así es esta página.

En ella, cada punto ha de rellenarse con un desarrollo que la persona que escribe da como por descontado (Cf. Jn 1,35-50).

Jesús, entonces, también fue a oír a Juan Bautista. Supongamos que fuese aproximadamente mediodía y que, como de costumbre, hubiese un grupito de personas que esperasen para escucharle. Jesús, que había acudido a oír, en un determinado momento hace ademán de irse. Y Juan, como imbuido por el espíritu profético, grita: «He ahí el Cordero de Dios, he ahí quien quita los pecados del mundo».

Sus oyentes probablemente estaban acostumbrados a oírle estallar en frases no siempre comprensibles, y lo aceptan porque «es el profeta» pero no le prestan mucha atención. Sin embargo, hay algunos a quienes ese grito y esa mirada fija en una persona no dejan indiferentes. Se trata de dos que venían de lejos, dos pescadores de Galilea, que estaban allí pendientes, como dos provincianos en la ciudad, de todo cuanto acaecía. Y bien, estos dos, dándose cuenta de a quién miraba Juan Bautista al pronunciar esa frase, lo siguen. «Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: “¿Qué buscáis?” Ellos le respondieron: “Rabbi ¿dónde vives?” Les respondió: “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima». Es sugestiva la carencia de lógica con que se señala que los dos permanecieron con él hasta la noche para más tarde, sin decir nada, volver a la hora en que entraron en relación con él: las cuatro de la tarde.

Uno de los dos se llamaba Andrés. Se encuentra con su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías». Bien: dos personas van a casa de un desconocido, pasan allí media jornada y no se nos cuenta ni qué han hecho ni qué han dicho. Lo que sabemos es que uno de los dos, al volver a casa, dice a su hermano: «Hemos encontrado al Mesías». Hay una inaudita naturalidad en este relato. Estuvieron allí hasta olvidarse de que llegaba la hora en que sus compañeros saldrían a pescar, de noche; estuvieron allí y llegaron a esa certeza que comunicaron. Los pasos intermedios no se describen. Y, sin embargo, algo harían; le oírían hablar, le harían preguntas, le verían moverse por casa y hacer cosas, atender a sus asuntos, verían a su madre hacer la comida. Nosotros sólo podemos verles a la mañana siguiente, donde los barcos pesqueros atracan a su regreso, en la playa, esperando a los que han ido a trabajar sin ellos, y lo primero que hace uno de los dos es decirle al hermano que está en la barca: «Hemos encontrado al Mesías». Podemos imaginar las reacciones y todo lo demás; el hecho es que Andrés conduce a Simón donde está Jesús. Pensemos en Simón, allí, lleno de curiosidad ante el individuo de quien su hermano ha dicho «Es el Mesías», que se siente observado y que oye que le dicen: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Pedro». Los judíos acostumbraban a dar un sobrenombre para indicar el carácter de la persona o algún hecho importante o singular que le hubiese acaecido. Así, esa mirada penetra a Pedro hasta en su carácter, robusto, granítico.

Al día siguiente por la tarde, los pescadores estaban en la playa remendando sus redes. Jesús había decidido ir a Galilea y el sendero pasaba cerca de la playa. Simón y Andrés debieron verlo y decir a los demás: «Helo ahí, es el que está pasando». Uno de ellos, Felipe, impulsivo como su hermano Santiago, se puso de pie y subió corriendo por el sendero para verlo más de cerca. Y Jesús le dice familiarmente: «Sígueme».

En una precipitada sucesión de certezas comunicadas con toda naturalidad, Felipe se encuentra con Natanael y también, como habían hecho los demás, debió decirle: «El Mesías, el que nos prometió Moisés: ¡lo hemos encontrado! Se llama Jesús y es hijo de José, de Nazaret». Natanael era el más viejo, el sabio del grupo, el que nunca se dejaba perturbar por nada. Y le dice a Felipe: «¿De Nazaret? ¿Puede salir algo bueno de ese pueblo?». Pues, en efecto, no gozaba de buena fama. “Ven y lo verás”, responde Felipe. Jesús ve llegar a Natanael a él le dice: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, sin engaño». Y Natanael tiene una reacción en la que le traiciona el instinto de defensa: «¿Cómo puedes decir eso si ni siquiera me conoces?». Jesús responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de aquella higuera, te vi». Y Natanael gritó: «Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Mesías».

Démonos bien cuenta de dónde están los signos de veracidad, la naturaleza de apuntes para la memoria de esta página. No dice, no describe, lo supone todo, no escoge en un diseño orgánico lo que debe pasar a la historia.

«Es lo que constataba san Agustín al comienzo de sus comentarios al evangelio de Juan... “Me atrevo a decirlo, hermanos míos: quizá el mismo san Juan no dijera las cosas tal como fueron, sino sólo como pudo porque era un hombre que hablaba de Dios..., pero un hombre al fin y al cabo... Dijo solamente lo que el hombre podía decir”»<sup>3</sup>.

Un comentario de Kasper nos ayuda de nuevo: «G. Bornkamm hace notar, con toda razón que... los evangelios no dan ningún motivo para la resignación y el escepticismo. Más bien nos permiten, aunque en forma muy distinta a la de las crónicas y relatos históricos, que la figura histórica de Jesús se nos presente con toda su fuerza e inmediatez. Resulta demasiado claro lo que los evangelios relatan sobre el mensaje de Jesús, sus obras y su historia, relatos aún caracterizados por la autenticidad y la frescura y por una singularidad aún no superada por la fe pascual de la comunidad, notas todas ellas que nos remontan inmediatamente a la figura terrena de Jesús”. Bornkamm sostiene que una nota específica del género literario de los evangelios es que anuncian por medio de la historia y que anuncian al relatar una historia»<sup>4</sup>.

Esta página relata, pues, los hechos con toda la carga y el natural sabor de lo que para el narrador es obvio y bien sabido, tal como dos amigos podrían decirse: «¿Te acuerdas del día en que empezamos a trabajar juntos?»: al hacer esta evocación los años pasados de trabajo en común y de amistad marcan la memoria de ambos, mientras que, si se hubiese colocado una cámara de cine en su oficina, sólo habría podido recoger los detalles espacio-temporales. Pero este es precisamente el punto: no habría transmitido y proclamado el mismo contenido.

Esa página, tal como está formulada, nos da testimonio de algo que es válido desde entonces y que lo será mientras el sol se asome al mundo, hoy y mañana; nos da testimonio de la modalidad profunda y sencillísima con que el hombre ha entendido, entiende y entenderá quién es Cristo. Personas que, sin habérselo nunca imaginado, siguen por curiosidad a un hombre y se quedan con él hasta la noche, olvidándose incluso de ir a trabajar, quedan tan impresionadas que repiten como verdadera una afirmación que tal vez él mismo hizo y que respondía a todas las expectativas de su tiempo. De hecho, todos los intérpretes de las profecías antiguas coincidían en decir que aquél era el momento que los profetas, especialmente Daniel habían señalado para la llegada del Mesías. Existía una espera mesiánica tan viva que, no sólo según una corriente medieval a la que Dante dio voz, sino también según muchos estudiosos, habría superado los confines de Israel para llegar al mundo pagano, y de ella se habría hecho eco incluso Virgilio.

No hay proporción aparente entre la sencillísima modalidad que hemos relatado, con aquel hombre que invita a su casa, y la certeza de los dos, «Hemos encontrado al Mesías», certeza que después repercute en Simón, Felipe y Natanael. Se hallaban ante una persona diferente a las demás. Los que entraban en contacto con él se sentían atraídos por su personalidad excepcional. Tal vez la vida podrá borrar un poco los detalles, pero la impresión, la primera percepción de la singular diferencia permanece. Y entonces, en la certeza de haber encontrado al Mesías, todo podría parecer concluido.

Pero éste es sólo el punto de partida. Veremos ahora, en el capítulo segundo de Juan, qué desarrollo toma esa certeza; es decir, veremos lo que sigue a la primera percepción.

---

<sup>3</sup> H. De Lubac, *op. cit.*, p.166

<sup>4</sup> W. Kasper, *op. cit.* P. 59